

Obligado al exilio por propia voluntad,
Joyce escribió una única obra de teatro que trata precisamente
del alejamiento de la tierra natal

Los exilios de Joyce

● Dionisio Cañas ●

En una nota en la cual intenta explicar el título de su única obra de teatro, *Exiliados*, James Joyce dice que «una nación exige una penitencia, pagable a su vuelta, de los que se atrevieron a dejarla». Cuando el autor escribió esta obra (entre 1914 y 1915) ya hacía diez años que se había exiliado, voluntariamente, de su querido y odiado Dublín. Hasta su muerte, junto a Nora, residiría en varias ciudades de Europa: Zurich, Trieste, Roma, París y Londres.

Exiliados es una obra dramática con una fuerte carga autobiográfica, algo así como una radiografía psicológica del propio Joyce. El personaje principal, Richard, es un escritor que vive en el exilio y que intenta hacer de la pasión amorosa una ética para su propia existencia. De esta manera, aparentemente, Richard quiere oponerse al puritanismo conservador que le rodea. En su intento de convencerse a sí mismo de que él no acepta los convencionalismos sociales, le ofrece a su mujer una libertad total para que tenga relaciones con otros hombres.

Mas en realidad, la sombra de los celos, la duda, la inseguridad y el miedo a ser abandonado por su compañera, han sido los que le han impulsado a tomar una postura tan radicalmente liberal. John Gross, en su libro sobre Joyce, escribe lo siguiente: «Su disposición neurótica se manifiesta de muchas maneras, la más sorprendente, quizá, es su idea de ser una víctima predestinada, con toda esa oscura disquisición acerca de la infidelidad y su aguda preocupación —que llega a su punto culminante en *Exiles*— ante la posibilidad de ser engañado por su mujer».

Quizás lo más interesante de la obra no sea tanto ese doloroso análisis del adulterio que hace Joyce, sino su exploración de la mente de un escritor exiliado por voluntad propia. En un momento del tercer acto de la obra teatral, Richard dirá que hay dos tipos de exilios: el «exilio económico» y el «exilio espiritual». El primero es el exilio de aquéllos que abandonan la patria para ganarse el pan de cada día, el segundo, es el exilio de los verdaderos privilegiados: el de «aquellos que la dejaron (la patria) para buscar en otras tierras ese alimento del espíritu por el cual una nación de seres humanos se sostiene en la vida».

□ El exilio espiritual

Este último, el espiritual, fue el tipo de exilio de James Joyce (y el de tantos otros escritores importantes del siglo XX, entre los cuales se destaca el también irlandés Samuel Beckett). Pero la anatomía del exilio espiritual de Joyce se manifiesta, además de en su nostalgia por Dublín, en la peculiar relación que el escritor mantuvo con su lenguaje materno. Se alejó del inglés vivo de Irlanda para renovarlo, para rehacerlo, desde el recuerdo y la soledad.

En el fondo, su obra más importante es un esfuerzo monumental por crear un nuevo idioma, por vigorizar un lenguaje que, al tenerlo demasiado cerca, empieza a debilitarse, a perder su valor evocador. La grandiosa tarea de Joyce, la de renovar la lengua inglesa, la realizó a través de unos vastos conocimientos culturales cosmopolitas, que

recicla en su escritura con la maestría que se le conoce. Pero también, gracias a la búsqueda de esa «epifanía del lenguaje cotidiano» que le hacía pasarse horas enteras en los bares de las ciudades europeas donde vivió.

Al distanciarse del idioma materno, Joyce, recuperó en muchos casos el origen más remoto de las palabras. Como escribió otro gran exiliado, el poeta polaco Józef Wittlin (del cual se ha publicado recientemente una novela suya en España, *La sal de la tierra*), lo que se da cuando un autor está fuera de su país, es «el recuerdo y retorno de las palabras», con una frescura particular, con unas connotaciones diferentes a las que poseían cuando se oían o se leían en su propia patria.

James Joyce se sintió exiliado de la sociedad irlandesa en parte por el puritanismo de aquella y, de igual modo, porque el nacionalismo acrítico que le querían imponer nunca le interesó. Su idea de Irlanda era mucho más auténtica, crítica y conflictiva; por esta razón se marchó de su país definitivamente en 1904. Con el *Ulises* el autor reconstruyó el ámbito físico de su Dublín; con *Exiliados* dibujó el complicado mapa de la mente de un intelectual, que vive en su exilio voluntario, atormentado por la pasión y por el miedo de la pérdida de la mujer amada.

□ La duda del fracaso

El proyecto intelectual de Joyce (nacionalista y europeo a la vez), y de la pareja protagonista de *Exiliados*, tiene en la actualidad un significado muy especial, porque con cierto temor buscamos nuestra identidad cultural a través de una promiscuidad europeísta, y no queremos perder la fidelidad a nuestras raíces más locales y nacionales.

Exiliados se representó por primera vez en Munich en 1919 (en 1929 en Nueva York y el año siguiente en Londres) y sin ser una obra totalmente lograda del punto de vista teatral, interesa por su valor documental. La duda del fracaso (tanto en el proyecto de renovación moral como en la realización de la propia obra del personaje central, Richard, que es escritor) ronda siempre a su protagonista. La inseguridad del mismo Joyce, que a veces se enmascaraba de soberbia y altanería intelectual, era su fuerza, porque lo fortalecía en una férrea voluntad de autocrítica. El peregrinaje de James Joyce por Europa, más que parecerse al mítico viaje de Ulises, es semejante al viaje de su hijo, Telémaco, cuando sale en búsqueda de «noticias» de su padre. Es sabido que la figura del padre cumple una función fundamental en la obra de Joyce (como lo fue en la de Franz Kafka), pero si se mira bien, ese deseo de ser aceptado por el padre, se confunde con el mismo afán por el ser aceptado por Irlanda (a pesar de sus críticas) y, en última instancia, por buscar ese lector ideal que es una mezcla de padre-Irlanda.

Para encontrar a aquel lector ideal, James Joyce, abandonó su país, pero quizás en lo más secreto de sí mismo le ocurría lo que al poeta latino Ovidio que, desde su exilio en una isla del Mar Negro, se consolaba con la idea de que sus poemas fueran leídos alguna vez en Roma. Por todas estas razones, James Joyce, tiene hoy en día una gran importancia para definir nuestra identidad como europeos: porque sin dejar de ser esencialmente irlandés y nacionalista, cambió el curso de todas nuestras literaturas.